



LAS SIETE ESPADAS DE ELISS
LA LUZ EN LA OSCURIDAD

María Espinar

LAS SIETE ESPADAS DE ELISS
LA LUZ EN LA OSCURIDAD



Primera edición: noviembre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María Espinar

ISBN: 978-84-10400-92-4

ISBN digital: 978-84-10400-93-1

Depósito legal: M-25046-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Al amor de mi vida, a mi otra mitad.
A César.*

Prólogo

Para un guardián, lo más importante es proteger las seis espadas que la Diosa Eliss separó siglos atrás.

Para un guardián con hijos, estos vienen a ser tan importantes como las espadas a las que protegen incluso con su vida.

Para un guardián con una hija que ha terminado su adiestramiento como guardiana y empieza a desempeñar su trabajo como una de ellos, sigue siendo importante.

Pasas de protegerlos a darles alas, a aprender a confiar en ellos y en el entrenamiento que han recibido y del que depende que su vida continúe.

A todo eso se enfrentaba Fred, ahora que su hija Aya estaba preparada para comenzar su destino como guardiana.

El peor de los problemas es que él, desde Sudáfrica, iba a tener que soportar que su única hija, más que preparada para su futuro, iba a estar a miles de kilómetros, en Alaska, como usuaria de hielo.

Dispuesta a proteger la espada, dispuesta a proteger a los humanos y dispuesta a acabar con los demonios que fuesen una amenaza para cualquiera de ellos.

Aya comenzaría una nueva vida lejos de su padre. Una nueva vida lejos de lo que conocía. Una nueva vida que la llevaría a hacer lo que a ella le gustaba y que a la vez le aterraba.

Eso pensaba Aya cuando, junto con su compañero de toda la vida, se dirigía hacia el avión que los llevaría a su nueva vida, una vida llena de incertidumbres y misterio.

Y una vida que estaban dispuestos a disfrutar, pues nunca un guardián sabía cómo de larga o plena iba a ser esa vida.

Capítulo 1

Las dos contrincantes se miraban a los ojos; una de ella perdería en ese momento, las dos sabían cuál sería, pero seguirían aferradas a su victoria hasta el último momento.

Seguían mirándose cuando ella levantó su mano y, con una sonrisa en la cara, pues su victoria era inminente, susurró:

—Jaque mate —dijo Aya mientras con su alfil negro tiraba en el tablero el rey blanco de Jenna.

La risa de Jelani rompió el momento de Aya.

—Es imposible ganar. Es mejor jugando que luchando —suspiró Jenna derrotada.

—Todo lo hago bien, soy la mejor —rio Aya.

—Y muy humilde también... —dijo Jelani—. Si queréis llegar al cine a la hora, tenemos que salir ya.

—Ve pidiendo las llaves a Harry, voy a peinarme un poco —dijo Aya mientras se levantaba de la silla junto con Jenna.

—Yo también.

Salieron del salón y fueron hacia el recibidor. Un recibidor amplio, con el suelo de un mármol gris, con un vetado gris más claro, y unos paneles de madera oscura que daba aspecto de calidez, cosa que hacía falta allí, pues en Alaska siempre hacía frío, aunque dentro se estaba bien.

Ellas se dirigieron hacia la escalera, que se dividía en dos alas, y él fue hacia el despacho de Harry, el encargado del monasterio, de las guardias, de las patrullas, de los entrenamientos... para pedirle las llaves de uno de los coches para ir a la ciudad.

Después de un tiempo esperando a las dos chicas al pie de la escalera y ver que no aparecían, decidió ir a buscarlas. Fue directamente a la habitación de Aya, y la encontró en el baño, como había dicho, peinándose; lo que no había dicho es que iba a cambiarse, a maquillarse y todo lo que hace una chica antes de salir.

—Ya te vale, la que solo iba a peinarse.

Aya lo miró, le sonrió, le lanzó un beso y un guiño; él por su parte resopló y puso los ojos en blanco, esperando apoyado en el marco de la puerta a que esta acabase.

Cuando ya pensaba que había acabado, ella cogió un frasco de perfume, disparó al aire y luego pasó por donde pensaba ella que había partículas de perfume. Después soltó el frasco en su sitio y miró a Jelani, dándole a entender que estaba lista.

—¿Eso qué ha sido? ¿Una especie de ritual de acicalamiento?

Ella se echó a reír y salieron de la habitación. Cuando llegaron a la escalera, encontraron a Jenna, que también se habían cambiado.

—Mira que sois presumidas. Por suerte yo siempre estoy deslumbrante y no necesito tanto retoque.

Al salir, metieron los abrigo en los asientos traseros del todoterreno y se subieron en él. Jelani puso la calefacción y al momento salieron de allí.

El viaje a la ciudad era largo, pero el paisaje hermoso. A esa hora había oscurecido, solo se veía, gracias a la luz de la luna, las siluetas de las montañas y de los pinos. Aya bajó un poco la ventanilla del coche; le encantaba el olor de la noche, del frío, de la lluvia que estaba a punto de caer...

Aya y Jelani tenían una amistad como poca gente la tiene. Se conocían desde hacía años y, desde el primer momento, se hicieron amigos. A Jenna la habían conocido seis meses atrás, cuando ellos llegaron a Alaska, pues ella ya llevaba dos años allí. Poca gente entendía la relación que ellos dos tenían, pero Jenna, al pasar tanto tiempo con ellos, empezó a entenderlos. Eran más que amigos, eran como hermanos.

Al llegar a la ciudad, cuando fueron a sacar las entradas la película, hacía como diez minutos que había empezado. Jelani resopló

y las miró a las dos, pues ella eran las culpables de haber llegado tarde.

—¿Y ahora qué? —preguntó él algo molesto.

—Pues sacamos las entradas para el próximo pase y mientras comemos algo —dijo Aya.

Jelani sacó las entradas y se dirigieron hacia la zona de los restaurantes.

—Mirad, allí hay una bocatería, una vez comí ahí y hacen unos sándwiches de miedo —propuso Jenna.

—Miedo me da a mí que digas eso. Mira mi tamaño. ¿Crees que yo me mantengo así de estupendo a base de sándwiches? Si me como un sándwich es como si no comiese nada.

—Eso es cierto —dijo Aya—. Este chico necesita alimentarse. ¿Comemos ahí?

Cada una enganchó su brazo a los de Jelani y se dirigieron hacia una brasería. Allí habría carne y grasa de sobra para llenar su estómago.

A Jelani le gustaba ir así con ellas, cada una cogida de sus brazos; normalmente cuando los veían, todo el mundo los miraba. Eran los tres muy diferentes y llamaban la atención.

Jelani era enorme, medía sobre 1'90 y era fuerte y musculoso. Tenía la piel oscura, como él decía, de un color café cortado, unos ojos enormes y verdes, que hacían un hermoso contraste con el color de su piel, y el pelo negro y rizado, aunque muy corto.

Aya medía sobre los 1'65. Según ella, tenía el color de la leche; después del tiempo que llevaba allí, había palidecido más. Mientras vivía en Sudáfrica, el sol le daba un bronceado, aunque fuese leve, pero desde que estaba en Alaska, el bronceado la abandonó. Tenía unos ojos azules preciosos que llamaba la atención a todo el que la miraba y a los que acompañaban unas largas y espesas pestañas y un pelo completamente negro que le llegaba casi hasta la cintura.

Jenna era de la misma altura que Aya, tenía el pelo teñido de un color rojo sangre, que le llegaba a media espalda, y unos ojos color caramelo muy vivos y redondos.

Cuando entraron en la brasería, solo el olor les hizo la boca agua. El olor era estupendo, pero la comida lo era aún más.

El restaurante era pequeño, muy acogedor y desde luego estaba lleno. Ellos se sentaron en una pequeña mesa y pasaron el rato entre risas y bromas.

—Mañana llega carne fresca al monasterio. ¿Os habéis enterado?

—¿Carne fresca? ¿En serio, Jenna? —Jelani la miró con fingido espanto.

Aya no pudo evitar reír. En cierto modo era verdad lo que Jenna decía. Al día siguiente, llegarían chicos y chicas nuevos de las academias.

—Sí, carne fresca, habrá que probar y comprobar...

—Si dijese yo eso, os tirabais encima de mí... —dijo Jelani con mucha razón.

—Mañana nos levantaremos pronto e iremos mirando el mercado nuevo. Vamos a buscarle un noviete a Aya.

Aya la miró arqueando una ceja, un gesto que heredó de su padre, pero no dijo nada y siguió con su comida.

Después de comprar palomitas, refrescos y agua, entraron en la sala de cine. Se sentaron los tres en sus butacas y, como siempre, Jelani en el centro.

En general la película no estuvo mal, simplemente habían salido para distraerse un poco. La vida de los guardianes consistía en entrenamientos por la mañana, tardes libres y noches de patrulla. No es que fuese algo tan divertido como la vida de otra gente, pero si vives, creces y te preparas para ello es porque te gusta, nadie lleva una vida de guardianes si no disfruta con ello.

Jelani y Jenna se pasaron buena parte de la película soltando suposiciones, ella por su parte se reía, pues no estaban nunca de acuerdo. Aparte de eso, se reía por los de la fila de atrás, que no dejaban de mirarlos mal, pues no se callaban y les estaban fastidiando la película con tanta falsa suposición. A ella también, pero le daba igual, tampoco es que estuviese muy pendiente, estaba más centrada en sus propios pensamientos.

Al salir del cine, estaba lloviendo a cántaros, el coche no estaba lejos, pues habían aparcado en el parking. Aya y Jenna se taparon con su abrigo todo lo que pudieron, él se acercó a ellas, se quitó la cazadora de cuero y tapó la cabeza de los tres antes de salir a correr hasta el coche.

Jelani arrancó el coche y puso rumbo al monasterio. No llegaron muy tarde y, como ya habían cenado, cada cual se fue a su habitación.

Después de una ducha, ya metida en la cama, Aya abrió el primer cajón de su mesita de noche y sacó un cuaderno rojo. Era una especie de diario que le había regalado una de las profesoras de la academia antes de irse de allí. Le dijo que escribiese allí sus historias y aventuras en Alaska, sus pensamientos y sentimientos. No llevaba mucho escrito, pues nunca había tenido uno y no estaba acostumbrada a ello, pero poco a poco lo había estado utilizando y, cada vez, escribía más.

No había escrito ni media página cuando tocaron a la puerta y por ella entró Jelani. Se fue hacia la cama de Aya y se sentó en ella con los pies en alto y la espalda apoyada en el respaldo, la misma postura que tenía ella.

—¿Qué haces aquí? Te hacía dormido ya.

—No. Quería hablar contigo. Hoy te he notado rara.

—¿A mí? Estoy como siempre.

—¿En serio? Déjame tu diario entonces.

Aya empezó a reírse, cómo la conocía.

—Empiezo a creer que pusimos muchas expectativas en este... viaje o esta... vida. No parece estar saliendo como pensábamos ¿No crees? A veces me parece un poco aburrido, me gustaría salir más a patrullar.

—No sé, Aya, llevamos aquí poco tiempo. A mí me gusta el sitio, salir a pelear, matar demonios...

—A ver, eso me gusta a mí también, pero no sé. Noto como que... me falta algo. Echo de menos a mi padre, incluso echo de menos la vida que tenía allí.

—Me parece a mí que Jenna tiene razón, vamos a tener que buscarte un novio. O rollete o lío..., algo que te caliente las noches de frío.

Los dos empezaron a reírse, ninguno de los dos había tenido suerte con sus relaciones anteriores. Eran jóvenes, solo tenían dieciocho años, pero ya habían tenido algún que otro desengaño o más bien desilusión.

—¿Que me caliente por las noches? ¿En serio? Ya sabes qué opino sobre el tema de los chicos, el amor y demás.

—Sí, ya sé de tus excentricidades.

Aya se rio: según Jelani, lo que ella pensaba sobre todo eso eran excentricidades de ella, pues era, según él, muy joven para pensar de ese modo.

—Cada cual tiene sus ideas y sus preferencias. Incluso sus excentricidades.

—A veces somos tan diferentes, y otras, nos parecemos tanto.

—Como buenos hermanos.

—El hecho de que nos llevemos tan bien es eso, Aya. Sin embargo, aunque yo no busco nada serio con las chicas, no huyo de ellas como si me diesen alergia.

—Vaya par estamos hechos —dijo Aya apoyando la cabeza en el hombro de su amigo.

—Si a los cuarenta no nos hemos casado ninguno, nos casamos entre nosotros.

—No voy a casarme. Además, eso entre nosotros, ¿no sería incesto?

—Eh, que no te quieras casar tú no quiere decir que tampoco lo haga yo. Cargarás conmigo el resto de tu vida, y si te tienes que casar conmigo, lo harás.

Aya empezó a reír a carcajadas y Jelani la siguió. Seguidamente se levantó de la cama y se acercó a la puerta, y con el pomo en la mano se giró hacia Aya.

—Buenas noches, mi sol y mi luna, mi vida y mi corazón, me voy a dormir, sueña conmigo —dijo justo antes de que el cojín que

le lanzó Aya le diera en toda la cara—. Encima de poco romántica, agresiva... —le lanzó un beso justo antes de salir por la puerta.

Después de eso, Aya volvió a coger el diario y escribió brevemente en él. Más tarde, lo guardó, apagó la luz y se metió en la cama mientras escuchaba el agua fuera.

Capítulo 2

Aya no había tenido una vida fácil y normal. Nacida en Detroit, Aya había perdido a su madre en un trágico accidente a los cuatro años. Era pequeña, pero lo pasó mal, aunque nada comparado con su padre, que no levantaba cabeza.

Bianca, la mujer de Carl, mejor amigo de su padre, ejerció de madre para ella durante un tiempo. Ella era pequeña y su padre estaba sumido en una horrible depresión. Temporalmente se mudaron a su casa, pues la suya propia era un constante recordatorio de ella.

Vivían los tres felices. Fred y Valerie incluso pensaban en buscar un hermanito o hermanita para Aya, pero no tuvieron el tiempo suficiente para ello.

Después de un tiempo y de volver a su casa y a una vida aparentemente normal, Fred decidió dar un cambio y empezar de cero con su hija.

En la academia donde trabajaba como profesor y entrenador de guardianes pidió un traslado. Les vendría bien a los dos salir de ahí y empezar de cero. Si hubiese esperado algún tiempo, quizá podría haber tenido un traslado más cercano, pero con las prisas por salir de allí, el único traslado que le ofrecieron fue en Sudáfrica. Iba a ser complicado un viaje de más de dieciséis horas, más las escalas correspondientes, con una niña de cuatro años, pero Aya era una niña buena y ellos necesitaban ese cambio lo antes posible.

Poco a poco se fueron habituando a la nueva rutina. Para él, era parecida a la de siempre: clases, entrenamientos, luchas...; para ella,

era algo más complicado, pues no tenía a su madre para cuidarla, pero todos en la academia se desvivían por ella.

El primer problema que superaron fue cuando llegó la hora de escolarizar a Aya.

En las academias hay profesores, pues cuando los chicos y las chicas llegan a su entrenamiento a los diez años, aún están en edad escolar y necesitan terminar sus estudios.

Fred quería que las profesoras y profesores de la academia enseñaran a Aya todo lo necesario. Pero convencieron a Fred de escolarizar a Aya en un colegio de la ciudad.

Necesitaba estar con niños, un ambiente que no fuese el de la academia, las luchas y los entrenamientos que incluso ella, con cuatro años, ya tenía. Necesitaba el contacto con niños de su edad, con gente fuera del mundo de los guardianes, alejada de todo eso, y evidentemente, aquel cambio sentó bien a Aya. El contacto con niños de su edad, los profesores, alejado del mundo en el que ella se encontraba, era como un soplo de aire fresco.

El primer día de colegio para Aya era una experiencia nueva. La profesora la mandó a sentar junto a un niño de piel oscura, un pelo negro y un poco a lo afro; a Aya le hizo gracia el pelo del niño, pues daba un aspecto de peluca despeinada.

Al principio al niño no le hizo gracia Aya. Una niña extranjera, repipi, con pinta de sabelotodo y encima le hacía gracia el pelo de él, pero como a todos los que la conocían, Aya supo ganárselo, pues a última hora de la clase, Jelani y ella eran como uña y carne.

Los años fueron pasando y el único secreto que Aya mantenía con Jelani era su condición de guardiana. Era algo que los guardianes no iban contando a los cuatro vientos, cuanto menos se supiese, mejor, pero a ella eso le fastidiaba, pues no le gustaba tener secretos con su mejor amigo, aunque no le quedaba otra; no era algo que solo le afectara a ella, pues había muchos guardianes a los que delataría si contaba algo.

Cuando Aya cumpliera los diez años, las clases las daría en la academia, con los chicos que llegaran ese año, con la edad de ella.

Así que el último año de clase fue algo duro. Tenía que despedirse de sus amigos y compañeros, y lo peor: debería despedirse de Jelani, aunque pensaba mantener el contacto con él, eso no podrían impedirselo, podrían escribirse cartas y llamarse por teléfono alguna vez.

Ese verano pasó rápido, mantenía correspondencia con Jelani, de vez en cuando se llamaban por teléfono, así que la distancia no hizo mucha mella en ellos. No estaban dispuestos a separarse.

La hora llegó: el día en el que los nuevos y nuevas llegaban, y ella debería unirse a ellos, aun sabiendo todo lo que debía aprender en lo que a lucha se refería.

Su sorpresa fue mayúscula cuando el primer día de clase vio entrar a Jelani por la puerta.

Ni él ni ella sabían nada del otro, los dos habían guardado el secreto y, con tal secreto, no podían enfadarse el uno con el otro por haberlo ocultado.

Para Aya y para Jelani fue una enorme alegría encontrarse allí. Seguirían juntos, como siempre.

Habían hecho muchos amigos, pero ninguno que suplantase al otro.

La confianza es algo que los guardianes aprenden a tener, pues necesitas ir seguro de que quizá alguna vez tengan que salvarte, o quizá tú a ellos, pero lo suyo era algo especial.

Cuando les llegó la hora de ir hacia Alaska, a enfrentar su futuro y su destino, era una alegría hacerlo juntos. Jelani, al ser usuario de hielo, como Aya, irían juntos y podrían seguir juntos aún. Nadie los separaría con facilidad.

Capítulo 3

Al día siguiente estaban sentados en el comedor cuando Jenna empezó a molestar a Aya.

—Mira, Aya, ese es grande y fuerte. ¿Qué te parece? O aquel moreno y sexy. Aunque creo que aquel rubio es muy mono...

—Pues si tanto te gustan, ve a por ellos y déjame a mí tranquila.

—Si alguien busca un novio a Aya, seré yo, que la conozco bien y sé lo que le gusta. Romántico, atento, cariñoso...

Aya lo miró como si le hubiesen salido dos brazos más, y Jelani y Jenna empezaron a reír.

—Pero mira, allí hay un chico que no le quita ojo de encima. A las dos —dijo Jenna.

—¿Eh? A mí me dices izquierda o derecha, déjate de horas.

—A tu derecha: rubio, ojos claros y mira a Aya como si no hubiese nadie más aquí dentro. Vaqueros oscuros y sudadera blanca.

—Jenna se rio y Jelani miró disimuladamente hacia donde Jenna le decía.

Aya los dejó y se centró en su café, hasta que la curiosidad pudo con ella y le echó un vistazo y, aunque era un chico muy mono, no les dijo nada a sus amigos y siguió con su café.

I

Estaban jugando al billar, cuando a Jenna y Jelani los avisaron de que patrullarían esa noche, así que ellos se fueron a descansar

un rato y Aya se fue a practicar con su espada, sola, como a ella le gustaba. Desde pequeña, Aya había cogido la costumbre de entrenar sola todos los días, aunque fuese un rato; no le quedaba mucho tiempo libre, pero eso no se lo podían quitar. La relajaba, la distraía; su rato con su espada, Iqhwa, era solo de ella.

No llevaba mucho tiempo en el gimnasio cuando escuchó unos pasos por el pasillo que se dirigían hacia allí.

Harry, el encargado, llevaba un grupo de chicos con él. Estaría haciéndoles una guía completa del monasterio, contándole la historia: cómo antiguamente era utilizado, de qué año era..., mientras explicaba alguna cosa más sobre la rutina que allí se tenía.

—Aya, ¿entrenando?

—La costumbre —dijo ella poniendo la espada sobre su hombro.

—Estoy enseñando esto a algunos chicos que han llegado hoy. Seguiremos con nuestro recorrido y te dejamos entrenar tranquila.

Aya miró hacia donde estaban ellos y vio entre el grupo al chico que, según sus amigos, no dejaban de mirarla en el comedor.

—Bienvenidos.

Después de unos gracias, cada uno siguió con lo suyo. Harry enseñando a los chicos, los chicos siguiendo a Harry y ella a lo suyo.

No se había dado cuenta de la hora que era, hasta que, al mirar por la cristalera, vio que era noche cerrada, eso y que tanto Jelani como Jenna fueron a buscarla para cenar.

—Coged sitio y comida para mí, que voy a darme una ducha rápida —dijo antes de salir a correr para su habitación.

Al girar en el pasillo, se chocó con un chico al que casi tira al suelo, y con el que por poco se cae ella también si él no la sujeta. El mismo chico que había en el comedor y que momentos antes había visto en el gimnasio con Harry.

—Lo siento —dijo ella.

—Tranquila, no pasa nada.

—Por eso siempre en el colegio decían lo de «no corras por los pasillos».

El chico rio y Aya le sonrió también.

—Soy Parker —dijo tendiéndole la mano.

—Aya —contestó ella estrechándola.

—Veo que tienes prisa, así que ... Espero que nos veamos de nuevo.

—Seguro que sí. Vivimos en el mismo sitio.

El chico volvió a sonreír y ella siguió su camino hasta su habitación.

Después de darse una ducha rápida, sus amigos ya la estaban esperando en la mesa. Se sentó con ellos y cenaron como siempre entre bromas y risas. Al final, después de la cena, estaban tomando un café cuando Jenna se acercó a Aya.

—El chico que no dejaba de mirarte acaba de entrar.

Ella vio una buena forma de quedarse con ellos cuando les dijo:

—Tiene nombre.

—Pero aún no sabemos cuál es —dijo Jenna.

—Parker —contestó Aya.

Los dos se quedaron mirándola mientras ella daba un sorbo a su café y veía la cara de asombro de los dos.

—¿Y cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho.

—¿Cuándo?

Aya soltó la taza de café vacía y se levantó de la mesa.

Sabía que ninguno de los dos iba a dejar de sonsacarle información, y también sabía que esa noche no se la daría. Mientras se dirigía hacia la puerta, sonrió cuando los escuchó levantarse de las sillas para seguirla y, en cuanto salieron del comedor, se pusieron delante de ella.

—Suéltalo... —dijo Jelani señalándola con el dedo.

Aya empezó a reír cuando vio a alguien que venía tras de ellos.

—Jenna, Jelani, en quince minutos fuera, ya os vais, preparaos —Harry los avisó de que se prepararan, pues saldrían inmediatamente.

—Qué suerte tenéis, vosotros por ahí de caza y yo aquí sola —dijo Aya suspirando.

—Bueno, tienes a ... ¿Cómo se llamaba...? —preguntó Jelani a Jenna.

—Parker —contestó esta.

—Mañana, te haré cantar como un pajarito.

Jelani y Jenna se dieron a vuelta para ir por sus armas y Aya, riendo, se fue hacia el jardín trasero.

Cuando salió, se dirigió hacia el templo; cada día, iba allí y se pasaba largo tiempo. Se quedaba allí sentada, mirando la imponente figura de la Diosa Eliss con las manos extendidas y la espada de hielo descansando en ellas. Si por sí sola no imponía, que lo hacía, estaban los cuatro guardianes en las esquinas, con sus capas y capuchas negras y sus espadas cogidas por el mango y la punta en el suelo. Perdía la noción del tiempo cuando entraba allí, solo pensando en sus cosas. Llevaba poco tiempo en Alaska, solo unos meses, pero echaba de menos a su padre, a sus compañeros y lo que fue su hogar durante catorce años. Cuando su padre le preguntó qué quería hacer, lo dijo claro: guardiana, para lo que siempre se había preparado. Pero a veces, al pensar en la distancia a la que estaría de lo que había sido su vida hasta ese momento, un pensamiento, que siempre asomaba tímidamente, la hacía pensar en seguir allí, en Sudáfrica, prepararse y ser profesora de lucha como su padre, pero siempre, el lado guardián salía imponiéndose al tímido. Quizá lo único que hizo que Aya no se lo pensara más fuese Jelani. Una de las partes más importantes de su vida.

Al salir del templo, estaba lloviendo a cántaros; menuda noche iban a pasar sus amigos, durante horas y bajo el agua...

Por el camino de regreso, en el patio, se encontró con Parker. Iba con otros chicos de camino al templo, se miraron y sonrieron, pero no se dijeron nada.

Cuando llegó a la galería exterior, se paró y se sentó en el suelo pegada a la pared. Le gustaba ver llover, el olor a tierra mojada la llevaba a casa.

Viendo a los chicos nuevos que se había cruzado, no pudo evitar en pensar en unos meses atrás, cuando ella llegó junto con Je-

lani. A ella le gustó todo al llegar. El amplio recibidor, el comedor con aquella impresionante chimenea, el patio exterior y la galería a la que le encantaba asomarse cuando llovía para ver la lluvia, pero, sobre todo, lo que más gustaba a Aya era el templo, donde la imponente figura de la Diosa Eliss sostenía en sus manos la espada de hielo.

Ella, al ser usuaria de hielo, debía estar allí. El poder de hielo era poco frecuente en las mujeres, pero ella, al ser hija de un usuario de hielo y de una mujer, alejada totalmente de ese mundo de guardianes, espadas y poderes, ella había heredado el poder de su padre. Usuario de hielo y profesor de lucha con espadas y artes marciales en la academia de Sudáfrica. Por lo tanto, ella había tenido siempre entrenamiento extra. Era buena en todas las clases de lucha y muy buena con las espadas, dagas, puñales y todo lo que sirviera para matar a un demonio.

Pensaba que llegar a un sitio que no conoces, sin conocer a nadie, debía ser duro. Ella había tenido suerte, pues llegó con Jelani, que era su amigo desde hacía años. A las pocas horas de llegar, se hicieron amigos de Jenna y hasta ese momento había sido así. Normalmente haces amistad con todos, pues convive con ellos, practicas con ellos, sales de patrulla con ellos... Pero siempre había alguien especial, con el que compartes más que todo eso, a los que le gustaban lo mismo que a ti, con quien congenias y te ríes, y eso era Jenna para ellos dos.

Momentos después, vio salir del templo a los chicos que habían entrado hacía un momento y, cuando llegaron hasta donde ella estaba sentada, les dieron las buenas noches, menos Parker, que se quedó allí, hasta que sus amigos entraron.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él.

—Me gusta la lluvia, siempre que llueve me vengo aquí un rato.

—¿Me puedo sentar?

—Claro.

Él se sentó a su lado, ella tenía las rodillas flexionadas y los brazos alrededor de ella. Él se sentó con las piernas flexionadas también y los brazos sobre sus rodillas.

—¿Qué le ves a la lluvia para que te guste tanto?

—El sonido, el olor, las sensaciones... ¿De dónde eres?

—De Minnesota. ¿Y tú?

—Sudáfrica. Bueno, nací en Detroit, pero vivía en Sudáfrica hasta hace unos meses.

—Qué lejos. Supongo que echarás de menos aquello.

—Por supuesto. Llevo allí prácticamente toda mi vida. Echo de menos a mi padre y a todos mis compañeros. ¿Y tú? ¿Echas algo de menos?

—Bueno, ahora mismo..., nada. Pregúntame en un par de semanas.

—¿Has venido solo? Quiero decir, que si vienes con alguien conocido.

—Sí, vienen conmigo dos chicos de la academia donde estaba.

—Genial, es más fácil así, al menos es lo que pienso.

—¿Tú viniste sola?

—No, vine con Jelani, vinimos los dos desde Sudáfrica.

—¿Es tu novio?

Aya empezó a reírse como si lo que decía el chico fuese uno de los disparates más grandes que había escuchado en su vida.

—¿Jelani y yo? Qué va, en nuestro caso, eso sería incesto.

—¿Sois familia?

Aya se quedó pensativa, cómo lo explicaba...

—Más o menos. Lo conozco desde los cuatro años. Es más que mi hermano, es una parte de mí. —A Aya no le gustaba hablar de ella, así que decidió cambiar de tema—. Cuéntame algo de ti.

Pasaron tiempo hablando sentados allí hasta que comenzó a hacer tanto frío y viento que donde estaban empezaron a mojarse. Cuando se levantaron, se fueron al comedor, la chimenea estaba encendida aún, así que siguieron hablando junto al fuego mientras tomaban algo caliente.

II

Los días pasaban y Parker se unía a ellos de vez en cuando. Aunque se notaba que el interés de él era Aya, se llevaba bien con los demás, y los demás con él. Jelani y Jenna estaban encantados del interés que Parker mostraba por Aya, pero no tanto por el poco que ella mostraba hacia él. Hacían buena pareja y se llevaban bien, y Aya necesitaba a alguien, o eso creían o querían ellos, sobre todo Jelani.

Aya solo había estado con dos chicos y muy fugazmente, ninguno de ellos relacionado con el mundo o la vida de los guardianes. Siempre había algo que les faltaba a ellos o quizá era algo que le faltaba a ella. Siempre se pensaba mucho estar con alguien, pensaba que nunca encontraría a alguien afín a ella. Y Jelani estaba interesado en que Aya estuviese con alguien. Estaba tan metida en sus entrenamientos, con su vida tal y como era, que necesitaba despejarse, pensar en otras cosas y en otras personas. Quizá la mejor opción no era un guardián, pues estaba metido en ese mundo y él quería que Aya pensara en algo más que eso, pero viendo que sus relaciones con chicos fuera de ese mundo no habían funcionado, a lo mejor, con un guardián, como ella, con el que podía hablar del tema abiertamente y con el que compartía eso, quizá funcionase. Pero ella no parecía estar por la labor.

Como cada mañana, estaban con sus entrenamientos. Al principio, los guardianes nuevos practicaban entre ellos y, poco a poco, según su avance, se unían a los demás.

Harry siempre estaba con ellos; a veces los ponía por parejas o grupos; otras veces escogían ellos. Ese día era uno de esos y Harry los dejó libres para escoger.

Aya, Jelani y Jenna siempre practicaban juntos; ese día el equipo era de dos.

—Hoy te toca la paliza a ti, Jenna —dijo Jelani.

—Ni hablar, te toca a ti, la última vez la sufrí yo.

Aya se reía, sabía que sus amigos hablaban en broma, pero era cierto que siempre perdían con ella.

—Si yo estuviese en vuestro, lugar haría lo mismo —dijo Harry sonriendo, él sabía que Aya era buena, pues su padre la había preparado bien y tenía más horas de entrenamiento que cualquiera de los que allí había.

—De ellos, vale, pero de ti, Harry... —dijo Aya riendo.

—Yo tengo más experiencia, pero tú eres más joven, creo que incluso podrías conmigo.

—No creo que sea para tanto —protestó una voz.

Todos se giraron para ver quién lo había dicho. La voz provenía de un chico, era uno de los guardianes del templo; ellos, normalmente, no practicaban con ellos, pero allí había cuatro. Ellos no patrullaban, se dedicaban al templo cien por cien, y, al parecer, por rumores que se escuchaban, se creían mejor que los demás.

Era alto: si no los tenía, rozaría los dos metros. Era dos veces ella de tamaño, pero... torres más grandes habían caído.

—¿Algún problema? —preguntó Aya.

—Simplemente, no creo que sea para tanto. ¿Has visto tu tamaño? —contestó el guardián.

—¿Solo lo dices por mi tamaño o porque soy chica? Porque, si es eso, tendremos doble problema; bueno, el problema lo tendrás tú.

—¿Contigo? —preguntó él riendo.

—Exacto.

—Aya, relájate —le dijo Harry, sabía del temperamento de Aya y también sabía que, aunque ese chico la doblara en tamaño, podría llegar a pasarlo mal con ella.

—Déjala, Harry. ¿Qué me va a hacer?

Jelani se acercó a Jenna, que estaba junto a Parker. Los demás miraban la escena, la mayoría sabían qué iba a pasar.

—¿Lo comprobamos? —contestó Aya al guardián.

—No quiero hacerte daño.

—Pues yo ahora a ti sí.

El guardián y sus tres compañeros se rieron. Los demás esperaban impactantes y Harry se cruzó de brazos.

—Bien, pues vamos a ver «lo buena» que eres, pequeñaja.

El chico empezó a hacer movimientos de calentamiento, golpes con los brazos, se movía de un lado a otro... Aya, por su parte, no se había movido, ni se movía, estaba con las piernas un poco separadas y las manos en la cintura, mientras miraba donde estaba él con una ceja arqueada. Cuando él terminó, se acercó hacia ella en plan gallito con una sonrisa en la cara.

—La va a machacar —dijo uno de los amigos del guardián.

—No te preocupes, seré rápido.

Aya fue midiendo la distancia mientras él se acercaba, pues ella aún no se había movido y, cuando estaba a la altura perfecta, Aya lanzó una patada a la entrepierna del chico que hizo que se doblara. Cuando este se dobló, lo cogió del pelo y le dio un rodillazo en la cara y, después, le dio tal empujón que terminó en el suelo a varios metros de ella.

Se escucharon murmullos de los nuevos, risas de los no nuevos, aplausos y silbidos que Aya sabía que provenían de Jenna y Jelani sin necesidad de mirar.

Uno de los acompañantes del guardián, o sea, otro de ellos, se dirigió a Aya para decirle algo que no llegó a decir cuando ella lo miró.

—¿Tú también vas a machacarme? —preguntó ella.

Él simplemente se calló, levantó las manos y se echó para atrás.

—Eso pensaba —dijo ella.

Aya aún no había acabado con el otro, que aún estaba en el suelo, así que se dirigió donde se encontraba a hacer algo que le dolería más que todo lo anterior junto. Se agachó a su lado y, cuando él la miró, ella le sonrió y le dijo:

—La próxima vez, dame algo de juego.

Y con esa se levantó y salió del gimnasio. Fue directa al despacho de Harry, pues sabía que él le diría que fuese para hablar con ella, le ahorró el hacerlo y, cuando Harry salió y se dirigió hacia su despacho, sonrió al verla echada en la pared, esperándolo.

Se acercó a ella, abrió la puerta, entraron los dos y se sentaron.

—Sé qué me vas a decir, pero a ese gallito había que bajarle los humos.

—Lo sé, Aya, pero no puedes dar esa clase de palizas a los tuyos.

—Eso no puede llamarse paliza. Apenas lo he tocado.

—El que no ha tenido oportunidad de tocarte ha sido él.

Los dos comenzaron a reírse. Harry sabía que la culpa había sido de él, Aya tenía temperamento, pero no iba pegando a nadie así como así.

—Esta noche saldrás de patrulla.

—¿En serio? Por mí genial, pero salí hace unos días.

—Pero veo que necesitas desfogarte y prefiero que lo hagas con demonios y no con tus compañeros.

Aya se rio justo antes de levantarse de la silla y salir de allí.

III

Como casi siempre pasaba desde hacía un tiempo durante la cena, Parker se sentó con ellos.

El mayor tema de conversación a lo largo del día había sido la pequeña pelea del gimnasio, así que, durante la cena, se habló de cualquier cosa menos de eso, pues a Aya le incomodaba. Tenía temperamento, no lo podía negar, pero no iban por ahí buscando pelea, a no ser que fuesen otros quien la buscasen, específicamente con ella.

Al terminar de comer, ella se levantó y se fue hacia su habitación; tenía que terminar de arreglarse y coger sus armas. Jenna se fue con ella, mientras Jelani y Parker se quedaron hablando.

—¿Le pasa a Aya algo conmigo? —preguntó Parker a Jelani.

—Que yo sepa, no. ¿Por qué?

—No sé, es que... es más que evidente que me gusta, y creo que se me nota bastante, no es que lo disimule mucho. Y, o es que no sé da cuenta, o no se la quiere dar.

—Pues no sé. No me ha dicho nada. Creo que eso lo deberías hablar con ella. Pero te aviso que Aya es muy especialita con los

chicos, a veces pienso que nos tiene alergia. Bueno, menos a mí, pero yo no cuento, soy su hermano, o casi, así que... Habla con ella.

—Le daré un poco más de tiempo, a ver qué pasa.

Jelani sabía qué pensaba Aya sobre los chicos, él no compartía su opinión, pero eso era asunto de ella, y si quisiese decírselo a Parker, lo tendría que hacer ella.

IV

Aya acababa de cortar la cabeza al último demonio de ese callejón. Prácticamente, acababan de llegar y ya habían tenido acción. Siguieron caminando por los callejones cercanos por si había más movimiento; si no veían nada, irían hacia otra zona. No habían andado mucho cuando escucharon jaleo de otro callejón cercano.

Había una chica aterrorizada, rodeada de demonios que se reían mientras se acercaban a ella, tan metidos en lo suyo estaban que no habían notado su presencia. Ese día se habían dividido en equipos de cuatro. Los demonios eran algunos más, pero ellos eran buenos; si no, no estarían allí. La prioridad era que la chica saliese de allí, cosa que hizo en cuanto ellos le dieron la oportunidad. Eran ocho los demonios, así que luchaban de dos en dos. Aya era rápida. Normalmente, cuando había menos demonios, por la cosa de divertirse, echaba su rato, pero cuando había más no podía entretenerse mucho, por si algunos u otros necesitaban ayuda. Corto rápidamente la cabeza al primero, con su espada escarchada; con el siguiente se demoró algo más, sus compañeros no parecían tener problema, ya habían acabado con unos y simplemente hacían lo mismo que ella, divertirse alargando el momento.

Después de acabar con ellos, se fueron hacia otra zona. Era temprano aún y se estaba dando una buena noche, bueno, para ellos; los demonios con los que habían acabado durante la noche no pensarían lo mismo.

A última hora de la noche, se separaron, sin distanciarse mucho, solo era para echar un último vistazo.

Aya iba con Dylan, uno de los que lideraban los grupos esa noche y la mano derecha de Harry.

—¿Vas tú por ese callejón y yo por el otro?

—No sé, Aya, no quiero dejarte sola.

—Vamos, estaremos a unos metros. Si te necesito, te llamaré, me escucharás.

—Venga, vale.

Él se fue por su lado y ella por el suyo.

Nadie sabía, y menos la misma Aya, lo que esa separación significaría para ella.

Aya se adentró en el callejón más de lo aconsejable si lo haces sola, y cuando ya iba a irse, escuchó ruidos y decidió mirar qué era lo que pasaba. Avanzó en silencio, pues si había alguien allí, no querían que huyesen y ella se perdiera la diversión.

Había dos demonios peleando. Uno, a simple vista, parecía un demonio de las alcantarillas. Se veía con mucosidad, parecía duro y agresivo en la lucha, pero no tenía mucho que hacer con el otro, que tenía apariencia humana, era alto y fuerte, tenía el pelo blanco y corto, algo despeinado y con unos ojos tan rojos que se veía desde lejos.

El que más cerca tenía era el verdoso de las alcantarillas. Se acercó en silencio, aunque estaban tan pendientes de su pelea que no se hubiesen percatado de su presencia, si ella no se hubiese acercado a tocar con la espada al demonio verdoso. Él se giró y la miró. Pero antes de que pudiese hacer nada...

—Hola y adiós —dijo antes de cortar su cabeza.

—Oye, ¿qué coño haces? Era mío.

—No te preocupes, pronto te reunirás con él.

—¿Y eso quién lo hará posible? ¿Tú? —dijo mirándola de arriba abajo.

Aquel día ya se empezaba a enfadar. Ella no era una chica alta, pero tampoco tan baja, medía 1´65, era de una estatura normal. Tampoco era musculosa, pero tenía fuerza, más de lo que pensaban de ella a simple vista. No le gustaba que tuviese que mostrar

su fuerza para que la tomaran en serio. Era muy frustrante y eso la hacía enfadar mucho.

—Sí, yo, y puedo hacerlo incluso sin espada —dijo ella envainando la espada.

Él comenzó a reírse, cosa que enfadó a Aya mucho más de lo que ya estaba.

—Vamos. ¿En serio? ¿Vas a intentar luchar conmigo?

—No lo voy a intentar, lo voy a hacer y voy a vencerte, idiota.

La primera vez, le salió bien la jugada; la segunda vez, también le saldría, por muy demonio que fuese, le dolería igual, y así fue. Cuando Aya lo tuvo en lo que ella vio una distancia perfecta, lanzó una patada en su entrepierna, que lo dobló por la mitad, después de eso le dio un buen rodillazo en la cara y, de un empujón, lo llevó varios metros lejos de ella.

Aya se acercó a terminar su trabajo, rematando con unas palabras su obra, pero al acercarse, el demonio se giró, y al contrario de como ella esperaba encontrárselo, quejándose de dolor, ya que se estaba sujetando la zona que había golpeado, estaba riéndose.

Aya se quedó tan asombrada con eso que no le dijo nada de lo que iba a decirle. Lo que más le sorprendió fue encontrarse ella misma sonriendo también con la escena. Ese tipo debía estar loco.

—Eres el segundo al que hago esto hoy, no me deberíais de subestimar por mi tamaño.

—¿Has reventados las pelotas a otro demonio hoy?

—No, el otro era un guardián.

—¿Sabes por qué dos motivos no te mato? —pregunto él—. El primero es que no puedo moverme...; el segundo es que te has ganado mi respeto por hacer esto a uno de los tuyos, pero eso no significa que la próxima vez que te vea no vaya a matarte y hacerte pedacitos.

—¿Sabes por qué no te mato yo a ti? —repitió ella—. Porque, si te matase, no sentirías tal dolor. Eso no significa que la próxima vez que te vea no lo vaya a hacer, ya que sabes que puedo contigo hasta sin espada, nada me impedirá usarla.

Ella se giró para marcharse de allí.

—Espera, guardiana. ¿Cómo te llamas?

—¿Y a ti qué te importa?

—Cuando acabe contigo, lo anunciaré a los cuatro vientos: Kholdeen ha matado a... ti... La guardiana más peligrosa de Alaska.

Ella se rio y se marchó de allí.

Kholdeen la vio girar el callejón y desaparecer, volvió a reírse e intentó levantarse. Joder con la guardiana, era pequeña, pero matona. Nunca nadie le había hecho algo así, y una chiquilla que era la mitad de él lo había hecho.

Se levantó, saltó al tejado más cercano y fue por donde ella había desaparecido. La vio unirle a otro guardián, intercambiar unas palabras e irse de allí. Definitivamente, quería volver a verla. Al ser posible sin patada de por medio. La próxima vez que se vieran, que la habría, ya se encargaría él de ello, medirían fuerzas de nuevo.